

Cuento

Sólo los reyes tienen tales placeres

Beatriz Espejo



Leonardo da Vinci, *Autorretrato*, ca. 1512

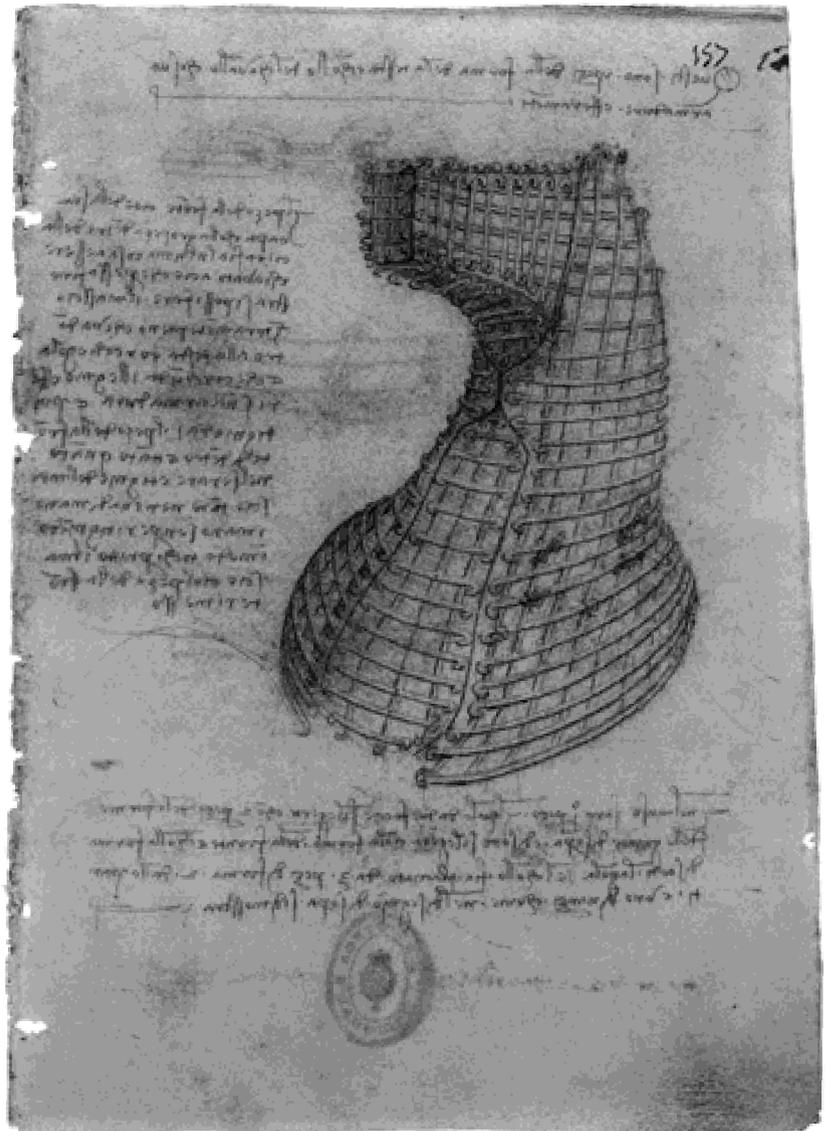
Como casi ninguna otra cosa en el mundo disfrutamos la compañía de este hombre. Es un anecdotario viviente lleno de rarezas. Tiene una inventiva prodigiosa. Si está en vena salta de un tema a otro. Por momentos parece entusiasmarse y sus pensamientos lo rebasan; sin embargo a veces cae en mutismos impredecibles y sus frases se convierten en monosílabos. Pero nos divierte su compañía y la preferimos al enfado de perder horas con aduladores cortesanos que mientras comemos pretenden entretenernos leyendo fragmentos de autores antiguos en tono monótono o procuran enterarnos de intrigas palaciegas llenas de maldad. Los asuntos políticos nos aburren después del mediodía. Y cruzamos el pasadizocada vez que nuestras ocupaciones lo permiten. La risa se agradece *mon Dieu!* Claro que se agradece. Vale la pena dejar nuestras rutinas, llegar hasta Cloux y sentirnos liberados de cargas enfadosas.

Jamás nos acompañó a una cacería sin importar le los títulos que tomábamos parte en ellas, declinó cada invitación alegando su completo rechazo hacia una diversión sanguinaria; pero hace todavía meses paseábamos juntos y recorríamos amplios tramos. Aunque no íbamos a galope tendido, a sus años seguía siendo un excelente jinete. No dio demasiadas muestras de fatiga y hasta comentaba el armonioso movimiento de la bestia que le habíamos asignado. Sus achaques no le impedían seguirnos el paso o al menos nunca se quejó. Ahora, al

presenciar un deterioro rápido, nos preguntamos si disimulaba sus sufrimientos.

Siente amor por los grandes espacios e identifica los nubladados que presagian lluvia. Durante nuestras cabalgatas, las amenas riberas del Loira, la tranquilidad de su curso, lo cristalino de sus aguas nos aguardaban para revelar su belleza ante nosotros. Y prohibimos que alguien nos acompañara ni tratara de seguirnos. Disfrutábamos el panorama que al atardecer alcanza su apogeo y transmite una ve rde tranquilidad. El maestro de pronto alzaba la cabeza para observar el vuelo de las aves remontándose hacia lo alto, las rastreaba hasta perderlas como si viera la obra más grande de Dios. Detenía su montura y ni siquiera nos atendía. A lo mejor recordaba cuando en los mercados compraba pájaros enjaulados y los dejaba en libertad. Le pedimos que nos mostrara la paloma de los Sforza diseñada con articulaciones para elevarse agitando las alas; pero la extravió en sus múltiples andanzas. Evitó el asunto. Dijo, por decir algo cambiando el tema, que el ruido del agua viva entre las rocas resuena como resonaba en sus oídos infantiles.

Nos conquistó con el cuento de los conejos y cada vez que lo recordábamos reíamos juntos a carcajadas. Imaginamos a Ludovico el Moro pesado de cuerpo, rojo de vestido, oscuro de tez, nariz ondulada, cabello negrísimo, ordenando a sus sirvientes amarrar a cada silla de sus banquetes una colección de conejos para que sus invitados pudieran limpiarse en el lomo la grasa de las manos. Los pobres animales daban un espectáculo repugnante tratando de esquivar el contacto pegajoso escondiéndose mesa adentro con sus ojillos despavoridos. *Oh, mon Dieu!* Después de la comida los recogían para llevarlos al lava de ro donde contaminaban la otra ropa con sus hedores; además parece que Ludovico limpiaba su cuchillo en el traje del comensal más próximo. Nos gustaría saber lo que sentía el agraviado. Quizá se hacía el desentendido para no desagradar a su huésped. El maestro lo cuenta y una luminiscencia juguetona se desprende de sus pálidas mejillas, de sus párpados pesados cuyas pupilas apenas soportan la luz. Sus arrugas se vuelven más hondas y él, tan poco dado a expresar sentimientos, disfruta recordando como si recuperara aquellos años en Milán cuando Lorenzo de Médicis lo envió al duque para llevar una lira con forma de cráneo de caballo. Aunque le preguntamos, habla poco sobre sus pinturas o sus investigaciones. Nuestra conversación casi siempre cae en temas culinarios porque sabe lo mucho que disfrutamos los placeres de la buena mesa y disculpa nuestra glotonería. Dice que Beatrice d'Este cuidaba las más delicadas costumbres, comía con guantes blancos y los cambiaba tres veces cada vez. Esto le ganaba la admiración del maestro quien la retrató como tributo a sus maneras impecables; en cambio detestaba la brutalidad de otros comensales y por eso inventó un tenedor de tres



Leonardo da Vinci, Armazón para el monumento ecuestre a Francesco Sforza, 1493

dientes. Sin embargo estamos seguros de que soportó mucho salvajismo cuando a los veinte años atendía una taberna llamada Los Tres Caracoles en el Ponte Vecchio. Ese trabajo lo distraía, incluso olvidaba las encomiendas que le hacían mientras era aprendiz de Verrochio. Abandonaba pinceles y proyectos dejándose llevar por su disgusto hacia la triste polenta que servían en la ciudad con salsas malolientes. Intentó sustituirla, propuso platicillos novedosos, rodajas de pan negro adornadas con hojas de albahaca dispuestas geométricamente y ocurrencias similares. Los clientes casi quemaban el establecimiento pidiendo algo más abundante para calmar el hambre de sus estómagos huraños. Ese tipo de nueva cocina que trataban de imponerles los dejaba hambrientos y malhumorados. El local acabó extinguido por las llamas, cosa que el maestro tomó como un reto y abrió con Sandro Botticelli, su compañero de aventuras y aprendizajes, La Enseña de las Tres Ranas o una taberna nombrada por el estilo. Su nula experiencia de pasteleros terminó también en desastre. La gente despreciaba las porciones raquícas que pretendían darles a cambio de

su dinero. Y ningún establecimiento quiso emplearlos siquiera como ayudantes. Lo cuenta divertido y sus hombres se mueven al ritmo violento de una risa que le saca lágrimas en el borde de sus ojos azules acuosos. Nos contagia y reímos como amigos y como si no fuera nuestro protegido y servidor, aunque si esgrimimos la modestia en lugar de la espada acabamos aceptando que reyes somos muchos y Leonardos sólo hay uno. Se lo dijimos en un raptó de admiración, seguros de que lo tomaría como un inusitado halago; pero lo tomó con naturalidad convertido en un príncipe recibiendo elogios de su vasallo. Incluso le pedimos que nos llamara Francisco a secas sin mayúsculas ni miramientos o protocolos y se hizo el desentendido como si no quisiera saltar barreras ni llegar a una intimidad enfadosa. Eso nos trajo a la memoria que de joven rehusó un pago en moneditas y que por algún motivo nunca quiso complacer a la marquesa de Mantua que le rogaba encarecidamente por una madona para sus habitaciones. Su arrogancia nos parece ajena a otros representantes de su gremio, en el fondo comete la blasfemia de creer que el artista es una deidad... o un conquistador. Por eso quiso volar y como Alejandro Magno soñó con águilas y aves emprendiendo travesías en el lomo de grandes cisnes y como Cristo desearía hacer milagros. El lujo le atrae y le hizo aceptar nuestro ofrecimiento aunque tardamos en convencerlo pues permanecía fiel a Julián de Médicis; pero esperamos tres años porque amamos a este hombre que se protege de la injuria con la paciencia.

Dicen que precisamente en esa época de las tabernas empezó sus famosos cuadernos de notas, dibujaba clientes hambrientos, manos aferradas a las tazas, bocas al borde de los platos. Sobrepasteles recuerda una tragedia gastronómica ocurrida durante los preparativos de las bodas de Ludovico con Beatrice. Construyó en el patio una réplica del Castello Sforza incluidos sus baluartes y torres, que estaba mejor amurallado hacia la ciudad que hacia la campiña, pues el duque temía rebeliones de sus súbditos más que de sus enemigos. Sesenta metros con bloques de masa reforzados a base de nueces y pasas cubiertas de mazapán multicolor; pero Leonardo nunca calculó que semejante prodigio atraería insectos y roedores regionales. Durante la noche libraron una

batalla campal alimañas y criados que terminaron enterrados hasta la cintura intentando quitar cadáveres de ratas. Ludovico no tenía fama de benevolente sin embargo mandó limpiar el descomunal desastre, lo pasó desahogado hasta donde fue posible y el maestro siguió interviniendo en celebraciones magníficas. Todavía se comenta la fiesta de las esferas que organizó. Salían a relucir los doce signos zodiacales y se escuchaban melodías cadenciosas para tapar el ruido de los mecanismos invisibles. Nada le complace tanto como crear ilusiones; además pintaba tableros con episodios inspirados en la historia antigua y convencía a su patrón para que culminara el espectáculo vestido al estilo oriental para causar pasmo con su gorda temeridad.

Cuando le pregunté, admitió el derrumbe pastelero como uno de sus tantos experimentos fracasados. ¿Desde dónde lo presencié? Nos preguntamos qué hubiera sido de ocurrírsele reducir el monstruoso Duomo, aunque a veces la monstruosidad raye en lo divino. Luego, para hacerse perdonar tuvo que desempeñarse diseñando bordados para Beatrice, tañendo su laúd, componiendo sonetos, contando chistes en los banquetes, recuperado de sí favorecían la digestión unas bailarinas depravadas en lugar de los enanos y saltimbanquis que desplegaban sus gracias entre plato y plato. Le gustaban los trucos y prestidigitaciones. De una copa llena con aceite hirviendo sacaba llamaradas multicolores arrojándole vino tinto. Planteaba acertijos muy aplaudidos, que en el silencio de su estudio convertía en profecías. Y con extraordinaria habilidad anudaba cuerdas. Nadie podía deshacer esos nudos a menos que conociera el secreto. ¡Ah, cómo adora este hombre los secretos! *Mon Dieu!* Los ejercitaba incluso con nosotros sabiendo cuánto nos interesaba una caja negra que siempre llevaba consigo. No la desamparaba y jamás la abrió antes en nuestra presencia. Teníamos la impresión de que dentro estaba una máquina para fabricar lo que nombra *spagos mangiabili*, cuerdas comestibles hechas de harina que nos encantan y queremos convertir en platillo nacional de la Francia. Cargó la caja desde que lo convencimos ofreciéndole una pensión anual de mil escudos sol, esta mansión en Cloux con dos fanegas y media de tierra pertenecientes a mi hermana Margarita, más una buena

Hemos visto con curiosidad la cara del maestro y advertimos que en ella se ensamblan otras caras, el viejo encubre al adolescente de épocas pasadas ostentando su hermosura por las calles.



Leonardo da Vinci, estudio para el peinado de Leda, 1510

Leonardo da Vinci, estudio para la cabeza del ángel de la *Virgen de las rocas*, 1480

renta para sus discípulos y sobre todo una amplia cocina donde experimentamos recetas con ayuda de Marthine, cada vez más diestra en la elaboración de succulencias. Ya no dudó mucho y cruzó los Alpes a mediados del otoño. Atravesó el valle de Mont-Genève, Grenoble y Lyon. El viaje le tomó tres meses. Vino trayendo a lomo de mulas sus pertenencias en cajones y baúles, cuadros, diseños y manuscritos, custodiado por su consentido Salaino, Francesco Melzi y un nuevo servidor, Battista de Villanis. Trajo así dos prodigios que lo han acompañado. Se negaba a perderlos. El retrato de una mujer ideal, Lisa del Giocondo cuya mirada parece seguirnos y que mantiene las manos sobre el regazo. Reúne todas las cualidades y virtudes que alguien esperaría, dulzura, comprensión, inmutabilidad, aunque su belleza sea más del alma que del rostro. Atrás surge un paisaje que no es de este mundo. No hay luz solar y las sombras se difuminan en una claridad decadente, demuestra que el día se extingue sin aspavientos. Las formaciones calcáreas dan la impresión de ser cartílagos como si entre la tierra y la modelo hubiera analogías; sin embargo luego todo se abre hacia el infinito. Y un san Juan andrógino con los cabellos rubios rizados sobre los hombros y el dedo índice en alto. Es quizá la actitud característica de los judíos milaneses. Algo gira en torno de ese dedo levantado que esconde una enseñanza, otro de los secretos del maestro. ¿Hacia dónde apunta? ¿Qué intenta explicarnos? ¿Nos habla de algo superior sólo comprendido por los inicia-

dos? Ambas imágenes sonrían extrañamente, burlonas y entendidas, como si atravesaran las edades para dejarnos entre ver su misterio y quisieran compartirlo. Son las pinturas más hermosas que hemos visto. Crean la ilusión del sueño. Ninguna otra las supera. Cuando las tenemos cerca no dejamos de disfrutar sus colores transparentes. Entre ambas existe una unión y se precisan hilos conductores si se desea adentrarse en algo profundo que plantean. Son el prototipo de lo perfecto y le hicimos al maestro ofertas considerables para que formaran parte de las colecciones reales; pero nunca aceptó venderlas. Las guardaba como trofeo o para mantenerle vivas algunas lecciones. Se limitaba a observarnos queriendo desentrañar nuestros pensamientos. Alguna vez nos preguntó, por qué le inquietan tanto, *majesté* pero somos soldados y nuestra elocuencia es torpe, perfeccionamos la estrategia política en lugar de la pluma. Lo que le repusimos a pesar de nuestras reflexiones no debió impresionarlo en el momento pues evitó comentarios. Afirmó que jamás lograría la perfección y que únicamente los inventores valen la pena porque son intérpretes directos de la realidad y miró hacia la caja negra. Entonces nos preguntó por qué nos intrigaba. Repusimos que la creíamos receptáculo de un invento valioso. Se limitó a sonreír con el mismo embrujo, la misma sonrisa de sus modelos. Ese sortilegio duró segundos. Casi de inmediato fue reemplazado por un gesto decansancio. Curiosamente entonces advirtimos que



Leonardo da Vinci, estudios de expresión para la *Batalla de Anghiari*, 1503-1506

entra al declinar de su existencia. Está convencido de que nada transcurre tan rápido como los años hijos del tiempo. Teme la vejez pero se ha entregado a ella. Por desgracia no hace nada para combatirla ni ha encontrado en sus mapas dónde queda la fuente de la eterna juventud. Ya no cuida sus vestidos, nunca se pone su túnica rosa hasta las rodillas, rechazó una pesada cadena de oro que quisimos darle y está muy acabado para su edad. Su barba y sus cejas sin peinar casi le tapan un rostro cambiante en el transcurso de una tarde. Acepta muchas caras, espigas de cuarzo que se yuxtaponen y ensamblan; sin embargo, la descripción es tan pobre como los versos que componemos para nuestras queridas o las odas a nuestra magnanimidad escritas por panegiristas necios, incluso a nosotros nos cuestan esfuerzo escucharlas.

Hemos visto con curiosidad la cara del maestro y adivinamos que en ella se ensamblan otras caras, el viejo encubre al adolescente de épocas pasadas ostentando su hermosura por las calles y despertando envidias con su pelo ensortijado revoloteando al viento, parecido a un ángel de la Anunciación. Disimula al hombre que abría una herradura con las manos; el de ahora vela un rostro que se deslava, lo mantiene escondido como una dulce añoranza bajo capas de pinceladas y por eso resulta imposible reconocerlo.

Nos dijo a manera de consejo, cuanto mayor es la sensibilidad mayor es el martirio; lo dijo como una máxima aprendida que a fuerza de repetirla hubiera perdido

significación. Sentimos que nos encontrábamos ante un mentor que según decía en los banquetes de Ludovico enseñaba a base de acertijos. Está rodeado de una atmósfera mágica, la misma atmósfera de sus trabajos y, hechicero alquimista, la lleva consigo por todos lados. Su proximidad hace que los demás desaparezcan, pierdan valor. Eso nos atrae y explica la asiduidad de nuestras visitas. Junto a él creemos internarnos hacia la inmensidad del Universo.

Tenemos la impresión de que su mente no descansa ni deja de juzgar el entorno. En cuanto lo rodea encuentra estímulos. Cuando el Moro le dio carta abierta para remodelar sus cocinas, derribó muros o los levantó al capricho de sus planos, instaló una varilla para ensartar cerdos que giraba más rápido o lentamente según la intensidad del fuego, una rebanadora de pan y de berros y una picadora de carne, que por cierto él no come arguyendo su absoluta oposición a perturbar el ciclo de la naturaleza. Le parece infame sacrificar animales a los que exalta; sin embargo inventó esa picadora, artefacto descomunal adicionado a un pequeño ejército de hombres y bestias. Estimulaba las labores con música de tambores y con un instrumento que llama órgano de boca. Además agregó un sistema de lluvia artificial, para casos de incendio, y trampas esperando batracios que trataran de entrar a los barriles de agua potable. Pero el día del estremor se oyeron estruendos y los gritos angustiosos llegaban hasta la fiesta. Todo estaba inundado, la máquina proveedora de leña se descompuso y lanzaba troncos sin parar. Los fuelles del techo alentaban la pira, las flamas comenzaron a volverse peligrosas y unos bueyes que arrastraban cepillos rodantes destinados a limpiar el piso iban asustados de aquí para allá. ¿Qué hacía él mientras tanto? ¿Lamentaba el desastre desde una esquina o les planteaba a los convidados sus difíciles adivinanzas? Nadie sabe lo que pensó Ludovico al ver aquella hecatombe; pero no se indignó ni despidió a un servidor tan ingenioso aunque su ingenio sembrara la ruina con más frecuencia que la prosperidad. Perdonó estropicios a cambio de que retratara a Cecilia Gallerani, su antigua amante confinada en el campo. No deseaba despertar los celos de la refinada Beatrice. Leonardo consiguió el indulto de su mecenas pintando a la dama con un armiño. Nos han dicho que el retrato de modestas proporciones tiene un atractivo inusitado. Alguien comentó que de tan viva, Cecilia parece escuchar. Nunca hemos visto esta obra pero así debe ser porque Ludovico siguió buscándole encomiendas rara vez terminadas. Lo recomendó con el primado de Santa Maria delle Grazie para decorar una pared desnuda. Leonardo propuso un Cenáculo; sin embargo pasaba horas en compañía de Matteo Bandello, sobrino del prior, que cada vez se sentía más entusiasmado de tener quien lo escuchara con tanta atención, y al cabo de varios meses el maestro desconcertó al abad

por su comportamiento y el de su cuadrilla. Solicitaban manjares y vinos, los ponían sobre una mesa frente al muro. Observaban las disposiciones y los devoraban. Así se la pasaron durante un año trazando bocetos y los apóstoles no aparecían. Después terminó en tres meses con algunos contratiempos porque la parte baja estaba mal preparada para recibir figuras que empezaron a desprenderse. Las recompusieron, nos llevaron a verlas y quedamos admirados. Supera todas sus leyendas. Leonardo dijo que aquellos dominicos inconformes no conocían los diez principios pictóricos entre los cuales se cuentan la colocación, la distancia y el reposo. Pretendía que entendieran una poesía muda plasmada en el refectorio; al rato, como si sufriera un cambio de humor repentino, confesó animado que el retraso culinario era una venganza porque Ludovico llevaba mucho tiempo sin pagarle sueldos y él no podía alimentar a sus ayudantes.

Además de notas lleva un diario, aunque ni siquiera nosotros lo sabemos con certeza y no sabemos tampoco si allí consigna estas confidencias. Acaso lo sabrá Melzi que lo adora y le organiza la vida. El otro día Leonardo nos dijo que ya no quiere aumentar sus abultados apuntes y que sólo intentará ordenarlos; sin embargo recuerda historias para entretenernos o quizás añora su mocedad en Milán. Conserva buena voz, pronuncia las oraciones como si recitara y se toma ratos prolongados al reconstruir recuerdos. Deducimos entonces que se divierte y enorgullece de revelarlos, como si reveses tan comentados en el momento, se justificaran al demostrar su firme propósito de no rehacer lo hecho anteriormente. Por eso no explota las mismas fórmulas aunque lo pague con dolorosas experiencias.

Asegura que Venecia es un lugar privilegiado para los golosos y que en pocas partes se come mejor. Conoce varios tratados gastronómicos y también los trajo consigo en la mudanza. A veces parte de ellos para experimentar en la cocina pero emplea su imaginación buscando sabores. Se alimenta a base de hongos, sopas, frutas y verduras. Utiliza agua de rosas en su receta de somormujo, un ave que dicho sea de paso nos repugna y prohibimos servirla a nuestra *maitresse de cuisine*. Ha inventado una *omelette* hecha con huevos podridos batidos con miel rancia y semillas de comino que los burros

almuerzan revuelta en forraje. Le fascinan las flores de saúco y nos ha confiado la receta de los huevos a la Salaino, de una simpleza digna de su asistente cuyo talento no tiene par en ninguna parte. Lo consideramos un copista que sólo puede enorgullecerse de su propia galanura realizada por las camisas, calzas y gorras que el maestro le compra; sin embargo dicho sea de paso le exige sacrificios.

Leonardo razonó un día que si las vacas y las ovejas comen únicamente hierbas y sobreviven, los humanos podrían hacer lo mismo. Se aplicó a experimentar sobre el asunto alegando la salvación de la Tierra. Elegía plantas. Excursionaba en el monte como su abuelo le enseñó, aunque nunca habla de su familia. Se considera hijo de sí mismo y del tiempo demoledor. Durante horas se embelesaba observando a la araña tejiendo su tela, a la oruga saliendo de su envoltura disponiéndose a volar. Prestaba oído a las voces enemigas y fraternas de los insectos, cosechaba hojas que le parecían interesantes, las olía, consideraba su forma y se las daba a Salaino hervidas o crudas exigiéndole comerlas a fin de comprobar sus propiedades; pero el mozalbete se quejaba de retortijones y de que no podía digerirlas. Y luego se enfureció cuando encontró al maestro poniéndole en la comida pequeñas cantidades de estricnina y belladona. Se negó a probar y por ningún motivo aceptó que se trataba de aumentar su resistencia contra sustancias que pudieran enfermarlo tomando en cuenta la mala fama de los habitantes de la casa Sforza; sin embargo, las verdaderas razones eran experimentar sobre los venenos que causan estornudos, convulsiones, rigidez, delirios, vómitos, hormigueos o incluso la muerte. El maestro escribió una relación completa en la que aparecen el ruibarbo, la serpentaria, el muérdago, la hierba de san Cristóbal y hasta ciertos ingredientes de algunos quesos de Mantua. La lista es asombrosa. Y después de tantos años todavía se queja amargamente de no haber comprobado ciertos efectos por el egoísmo de Salai que con berrinches y zapatetas se negó a que continuara administrándoselos. Lo cuenta, esgrime propósitos meramente altruistas y confiesa que los venenos deben administrarse en dosis pequeñas, con el estómago vacío. Así actuarán pronto y la agonía del envenenado no interrumpirá las diversiones que el anfitrión preparó para otros. A pesar de los años

Han muerto la mayor parte de sus amigos y conocidos y aguarda su turno en la fila hacia la nada.

transcurridos sigue afirmando que su pupilo fue un materialista incapaz de sacrificarse por un tratado y, él que le perdona a esa irritante persona mentiras, robos, la desaparición de sus punzones favoritos y de otras bagatelas, y que a pesar de todo lo mantuvo siempre cerca, quizá porque comandados por él se pavoneaban en el estudio gallardos aprendices; él que disimulaba pésimos modales y le retocaba lienzos, no le perdona haberse rehusado a ser víctima propiciatoria. Hay una solapada mezcla de emociones, como si Da Vinci hubiera hecho en Salai una inversión sentimental importante y se preocupara por su lozanía y su humor siempre voluble. Lo escuchamos sorprendidos sin ahondar en reflexiones gozando una conversación que toca temas importantes por sus muchas experiencias. Apenas nos atrevemos a interrumpirlo cuando quiere platicar. Nos instruye sobre las cualidades de un buen confitero que a su juicio debe graduarse de arquitecto para que sus creaciones no se derrumben. Seguro lo dice rememorando el catastrófico pastel de bodas. Diserta sobre las cualidades de pepinos, hinojos y cardos. Afirma que las uvas prolongan la vida. Se pregunta cómo se llamaría el platillo en el que

colocaran un trozo de carne entre dos rebanadas de pan. Y hemos discutido el nombre sin encontrarlo. Tiene remedios casi para todo, incluso sobre la manera de estimular la fantasía. Aconseja que se contemplen manchas sobre un lienzo o las nubes del cielo cuando cambian formas lentamente y sus jirones tapan el fulgor de los astros. Echó un poco de tinta sobre un papel pidiéndonos que identificáramos trompas de elefantes y jorobas de camellos. Nos reímos y siguiéndole la corriente inventamos un barco con su velamen completo. Nos quitó el papel de las manos, lo miró frunciendo el ceño, le dio vueltas por los cuatro costados y cayó en una trampa creyendo que lo tomábamos en serio. Al cabo comparó esos ejercicios con el repique sonoro de las campanas, cada uno escucha a su manera.

Hace poco hubo una noche estrellada tan magnífica que nos asomamos a los balcones de nuestros aposentos. Leonardo había salido también, caminaba sin apoyo de bastones ni de algún acompañante, caminaba trabajosamente por los prados que rodean Cloux, plateada en la oscuridad. No llevaba libretas ni lápices o al menos no los distinguimos. De cualquier manera no se podía apoyar en ninguna parte y conoce la bóveda celeste tan bien que hasta la tomó de motivo para aquellas celebraciones de Ludovico. Desde lejos lo vislumbramos pequeño como si hubiera perdido estatura, encogido, abrigado con un chaleco de pieles que protege su reumatismo, embebido en el espectáculo de las constelaciones, sin importarle el aire húmedo que había pasado sobre el río y calaba los huesos. Siempre le encantaron los cataclismos y se ha desvelado por regularizar las corrientes de agua; pero sucumbe ante la magnificencia del firmamento y quizás ésa sería la última ocasión de observarlo a sus anchas. Estuvimos mirándolo un buen rato; pero algo nos distrajo, abandonamos nuestro puesto y al regresar no estaba. Debió tomar la pendiente del jardín. Nos preguntamos si había entrado en la casa o llegado a un punto donde era imposible distinguirlo. De cualquier modo desapareció disuelto en el aire y nosotros abandonamos la vigilancia.

Nos ha leído recetas curiosas que nos acercan al laboratorio de un nigromante. Toma aceite de ciprés destilado. Ten a mano un vaso donde pondrás la esencia con agua para darle un aspecto ambarino..., y cosas que se nos escapan. Adereza su lectura con proverbios y leyendas de la campiña en las que es muy versado. No deja de atrapar ideas inquietantes aunque nunca coincidimos con su temperamento florentino tan distinto al galo. Se define enemigo de la violencia; sin embargo a veces sus ojos marchitos descubren el fuego impávido de la crueldad. Revivió, sin preocuparse porque el relato nos resultara chocante, que su podadora de berros fue un arma eficaz contra las huestes de nuestro suegro Luis XII y causó innumerables muertos y heridos en nuestros arqueros.

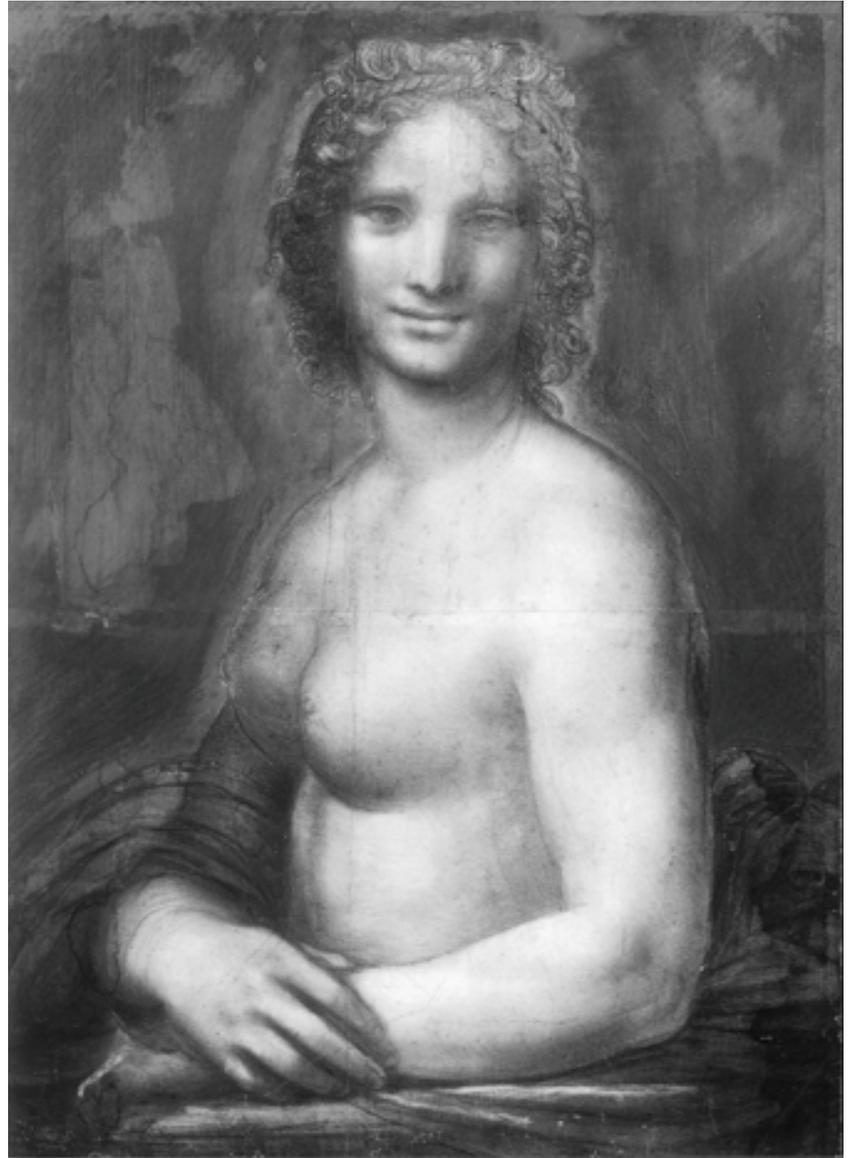


Leonardo da Vinci, *Madonna del gato*, 1478

Lo dijo sin cuidar lo que pensáramos, como si nada le perturbara.

A veces se interrumpe para examinar con dificultad los reflejos de la luz y sus efectos sobre los objetos. Entonces suspende diálogos. Nos responde con vaguedades cuando intentamos esclarecer sus opiniones sobre otros artistas a quienes ha tratado como Domenico Ghirlandaio, Lorenzo di Credi, Filippino Lippi o Miguel Ángel. Evita hablar de ellos y evita también enjuiciar sus propias obras. Se enmascara en la ironía de que su arte lo llevó al desaliento. Dice que el humano no evalúa en orden exacto el mecanismo de la memoria porque las cosas han ocurrido en periodos diferentes, acontecimientos remotos parecen tocar el presente y en cambio sucesos cercanos dan la impresión de remontarse a la época de nuestra mocedad. Luego rectifica y afirma melancólico que al menos esto les sucede a los viejos cuando se ha entrado a la dolorosa época en que no oyen hablar sino de fallecimientos. Dijo también que nunca lo comprenderemos a nuestros veintiséis años y con la corpulencia que nos caracteriza. Dijo que nuestra armadura dorada produjo en los italianos el efecto de un héroe caballeresco emprendiendo batallas con el penacho al viento. No repusimos nada porque ése fue su único cumplido.

Han muerto la mayor parte de sus amigos y conocidos y aguarda su turno en la fila hacia la nada. Nos tocará esperar que le suceda algo bajo nuestra tutela lo cual será pronto. Tendremos que atestiguarlo y asistirlo. Saca a relucir su decrepitud cuando le pedimos que retrate a nuestra amiga Babou de la Bourdaisière. Aduce dolor en sus articulaciones, parálisis de su brazo izquierdo y achaques que lo obligan a pasar horas en su alcoba sentado frente a la chimenea acariciando su mano entumida como si tuviera entre las piernas un corderillo asustado; pero con dolores o sin ellos traza triángulos subdivididos en otros triángulos y en otros hasta anotar con su caligrafía inconvencional la palabra etcétera, y nos mostró el dibujo esperando una opinión. Se trataba de un problema de altas matemáticas reducido a imágenes. Y nos sentimos como niños ante nuestros preceptores. Insistimos en la solicitud del retrato, bosquejó un primer apunte, le pasó a Melzi la encomienda y, a lo mejor porque la *petite* Babou no lo entusiasma aunque deje sus muchos adornos y coqueterías, se vista con sencillez y prometa posar sin abrir la boca, Leonardo se limita, estampa algunos retoques mientras permanecemos en su compañía. Nos asombra tal actitud en nuestro Primer Pintor, Ingeniero y Arquitecto; pero nos preguntamos si así manifiesta independencia o si realmente se deja llevar por el desencanto o lo atraen más la astronomía y los proyectos hidráulicos o si todavía insiste en sus estudios anatómicos y en diseccionar cuerpos. No hay huellas de ello en la casa ni tenemos noticias de que se abran tumbas de manera clandestina; pero con él todo se



Leonardo da Vinci, *Gioconda desnuda*

vuelve enigmas, interrogaciones y sorpresas. Hace unos días sin ablandarse por las protestas le ordenó a Salaino regresar a Italia.

Y hoy nos dejó mudos. Cuando llegamos a visitarlo nos dio un vuelco el corazón. Cerca de la escalera de caracol que conduce a la planta superior aguardaban los dos cuadros admirables. Mandó colocarlos allí para entregarnoslos. Eran el regalo de un camarada a otro. Dijo que nadie los estimaría tanto. Cerca, sobre una arquilla, estaba la caja negra como dulce promesa. También nos la ofreció. La abrimos *avec rapidité*, con dedos temblorosos. No había nada dentro. Bajo los párpados caídos del maestro descubrí un guiño cómplice como si hubiéramos entendido lo que no entendimos. Pidió levantar las telas que cubrían los óleos y estuvo viéndolos buen rato, un rato largo. Se despedía de ellos, olvidaba a quienes lo rodeábamos reventes. Cuando volteó, nos llamó la atención su piel cerúlea y las ojeras que brillaban su mirada de réquiem. Supimos que es verdad lo que se dice, quien contempla la belleza ya se entrega a la muerte. [1]